



No hay santidad "de primera" o "de segunda", como las divisiones en el fútbol o las clases en los billetes de trenes o de aviones, porque no hay "clases" dentro de la santidad

ReligionConfidencial.com

He aquí la grandeza, la belleza, y también la santidad de la vocación cristiana, que consiste en responder cada uno a los dones y gracias recibidos, también en la vida ordinaria

La santidad, a través del cristianismo, es la vocación de todas las personas, como declaró solemnemente el Concilio Vaticano II (cf. *Lumen gentium*, n. 41). La santidad es para todos los cristianos, nadie está excluido. No hay santidad "de primera" o "de segunda", como las divisiones en el fútbol o las clases en los billetes de trenes o de aviones, porque no hay "clases" dentro de la santidad. No hay unos que deban ser santos en sentido propio y otros que hayan de conformarse con "ir tirando", para aspirar, casi por casualidad, a colarse un día en el Cielo por la puerta de atrás. La santidad no es para unos pocos elegidos, porque ser cristiano es ya ser elegido siempre por Dios, como parte del designio divino cuyo centro es Cristo (cf. *Ef 1, 4*).

¿Pero cómo se compagina esto con la impresión que puede tener mucha gente, de que los santos eran gentes especiales, extraordinarias, que casi no pisaban el suelo, que no estaban hechas de carne y hueso?

Lo ha dicho **Benedicto XVI** al concluir dos años de catequesis sobre los santos (13-IV-2011): «*La santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en el realizar empresas extraordinarias, sino en la unión con Cristo, en el vivir sus misterios, en el hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos*». La santidad —ha explicado— no es otra cosa que el seguimiento y la unión con Cristo, dejar que Cristo tome plenamente la vida humana, hasta poder decir con **San Pablo**: «*no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*» (*Ga 2, 20*), o con **San Agustín**: «*Viva será mi vida llena de ti*» (*Confesiones, 10,28*).

¿Podré hacerlo con mis fuerzas?, cabría preguntarse. La respuesta es clara, según el Papa: «*Una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces Santo (cf. Is 6,3), que nos hace santos, y la acción del Espíritu Santo que nos anima desde nuestro interior, es la vida misma de Cristo Resucitado, que se nos ha comunicado y que nos transforma*».

En realidad no se trata tanto de "hacer" sino de dejarse hacer por Dios, que nos santifica ya en el Bautismo (cf. *Lumen gentium*, 40). Somos transformados, observa Benedicto XVI, de tal manera que San Pablo acuña una nueva terminología, forjada con la preposición "con": con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados con Cristo. Esto quiere decir que nuestro destino está vinculado indisolublemente al suyo: morimos al pecado para resucitar con Él a una vida nueva (cf. *Rm 6,4*). «*Pero —advierte el Papa— Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que comporta, pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios*».

En último término, «*la santidad no es otra cosa que la caridad plenamente vivida*», es decir, el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor a Él. ¿Y cómo hacer para que la caridad, como una buena semilla, crezca en el alma y fructifique?, ¿qué es lo más esencial?, se pregunta el Papa. Y contesta: «*Me parece que esta*

es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al principio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las 'señales del camino' que Dios nos ha comunicado (los Mandamientos), que son sólo formas de la caridad».

De ahí por qué la caridad es el signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo. Porque la caridad «*es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos*». Lo confirma con las palabras sorprendentes de San Agustín: «*Ama y haz lo que quieras*». Y explica el santo de Hipona: «*Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor, si corriges, corrige por amor, si perdonas, perdona por amor, que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien*» (Comentario a la Primera Carta de **San Juan**, cap. IV, 7,8: PL 35). Y el Papa sintetiza: «*Quien se deja conducir por el amor, quien vive la caridad plenamente, es Dios quien lo guía, porque Dios es amor*».

Es esta una enseñanza clave para los cristianos. Y sin embargo, todavía nos preguntamos si seremos capaces de llegar tan alto. Pues bien, «*la Iglesia, durante el Año Litúrgico, nos invita a recordar a una serie de santos que han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana*». Esto ha sucedido en todas las épocas y lugares, y los santos son muy distintos entre sí, pertenecen a todas las edades y estados de vida. Todos ellos son "señales en el camino". No sólo los "grandes santos", los más conocidos. «*También —dice Benedicto XVI— los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizados. Son personas normales, por decirlo así, sin un heroísmo visible, pero que en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y la señal que indica dónde está la verdad*».

He aquí la grandeza, la belleza, y también la santidad de la vocación cristiana, que consiste en responder cada uno a los dones y gracias recibidos, también en la vida ordinaria.

«*No tengamos miedo —concluye el Papa— de mirar hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado, sino dejémonos guiar por su Palabra en todas las acciones cotidianas, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: Él será quien nos transforme según su amor*».

Al final y también cada día, el amor es lo único importante. Y esto, en el lenguaje cristiano, significa: la Misa del domingo, la oración de cada día, cumplir los mandamientos. La santidad es una vocación alta, pero asequible para todos. ¡Qué necesario es proclamar esto a los cuatro vientos con el pobre esfuerzo personal por intentarlo! Y qué espléndida síntesis para dos años de catequesis bajo la mirada y el ejemplo de los santos.

Ramiro Pellitero. Universidad de Navarra